

SOBRE LA SOLEDAD Y EL MALTRATO DE GÉNERO

Luis Manuel Estalayo Martin. Psicólogo Clínico.

Teléfono: 606949807 e-mail: lmestalayo@hotmail.com

Resumen:

Este artículo destaca la soledad como factor determinante en la etiología y mantenimiento del maltrato de género. Se defiende la necesidad de realizar diseños de intervención psicosocial focalizados en este aspecto.

Palabras Claves: Soledad, maltrato de género, intervención psicosocial.

Abstract:

This article highlights isolation as a determined factor in the etiology and maintenance of gender maltreatment. It supports the need to have psychosocial intervention designs focused in this aspect of treatment.

Main words: isolation, gender maltreatment, psychosocial intervention.

1. Introducción

En otra ocasión (RTS, nº 180, 2007) tuvimos la oportunidad de describir alguno de los factores que correlacionan con el maltrato de género, con la finalidad de mejorar nuestras intervenciones colaborando en reducir al máximo esta lacra social. En este momento y tras sucesivas experiencias de tratamiento de este sufrimiento, queremos destacar el tema de la soledad como uno de los que surgen en el discurso de las mujeres maltratadas con mayor protagonismo, debiendo priorizarlo en nuestras intervenciones. Partimos del convencimiento de que un trabajo psicosocial planificado y focalizado en este aspecto colabora eficazmente en la prevención del maltrato de género, y en la ruptura definitiva del vínculo maltratante una vez que ya se haya producido.

La exposición parte de un caso clínico, al que llamaremos Blanca en recuerdo de Dulce Chacón; prosigue con una aproximación teórica al origen psicosocial del sentimiento de soledad, y concluye con sugerencias específicas para el tratamiento eficaz de este tipo de violencia.

La intervención con Blanca se realiza en un Centro Especializado en la atención a familia e infancia del Ayuntamiento de Madrid, y en su descripción se han adoptado suficientes precauciones para que sea totalmente irreconocible por cualquier lector, aún siendo fieles a su discurso.

2. El caso de Blanca.

Blanca es una mujer de 28 años que acude al Centro tras una separación matrimonial muy conflictiva, siendo derivada por los Servicios Sociales de su distrito tras haber detectado indicios de negligencia en la atención de su hijo de 8 años.

Blanca se presenta llorando y disculpándose. Comenta que es cierto que en ocasiones no está muy pendiente de las necesidades de su hijo, pero que le quiere muchísimo, y está dispuesta a colaborar en lo que sea preciso para mejorar su vinculación materno-filial. En su opinión, los episodios de “desinterés” hacia su hijo parten de intensos sentimientos de confusión y tristeza que la incapacitan para realizar numerosas actividades cotidianas, recurriendo a acostarse a llorar como única alternativa posible. Es en este tipo de situaciones cuando su hijo puede llegar tarde al colegio, o acudir sucio, o sin

desayunar. Reconoce que es responsable de esta negligencia pero desconoce cómo evitarla.

Preguntada por el origen de tanta tristeza, habla de su marido; y lo hace en términos que van alternando sentimientos de pena, alivio, temor, y sobre todo confusión. En términos generales refiere una relación de pareja muy positiva y satisfactoria aunque al final hayan tenido que separarse tras una decisión judicial que también ha impuesto a su pareja, Carlos, un orden de alejamiento. La relación de pareja se inicia cuando ella tiene 19 años, y él 26. Manifiesta que se sintió profundamente enamorada, y que además le admiraba; se dejaba llevar por todo lo que él dijera, sin importarle que lo que la pidiera no correspondiera con su deseo. De hecho, según iba pasando el tiempo, él ya no pedía, sino que imponía; y ella seguía sus mandatos sin saber ya ni lo que quería. No obstante esta pérdida objetiva de voluntad no era subjetivada por Blanca con malestar. Al contrario, manifiesta que seguía queriéndole con pasión, e incluso no sabe si aún le sigue queriendo.

En la evolución de esta relación de pareja, Carlos empezó a reprochar a Blanca numerosos aspectos de su carácter, terminando en una descalificación global de su persona; Carlos la insultaba y menospreciaba a diario, sin que ella pudiera evitarlo, porque a pesar de hacer todo lo que él decía siempre parecía insuficiente.

Posteriormente los insultos se acompañaron de empujones y bofetadas. Un poco más tarde fueron palizas que también abarcaban el ámbito sexual; Blanca era acusada de frígida al mismo tiempo que una bofetada la marcaba como culpable de serlo.

Toda esta violencia pareció intensificarse aún más tras el nacimiento de Pedro, al que, según Carlos, la madre prestaba excesiva atención. La espiral de violencia no se paró hasta que Carlos golpeó a su hijo en una ocasión, coincidiendo con alguna denuncia vecinal al respecto.

Blanca cree que su relación de pareja se ha mantenido por amor: “yo no me sentía maltratada, sí enamorada”. Aunque reconoce que sus propios sentimientos la confunden, y la gustaría clarificarlos.

En posteriores entrevistas se fue solicitando a Blanca que describiera elementos de su biografía, con el fin precisamente de intentar ir entendiendo algo de su malestar.

Blanca es la única hija en una familia nuclear de clase media; tiene dos hermanos varones, con los que nunca recuerda haber tenido buena relación, y que en la actualidad son adictos al alcohol y otras drogas. Su padre también era alcohólico, y pegaba con frecuencia y brutalidad tanto a su madre como a sus hermanos. Cree que ella era “la preferida” de su padre, lo que generaba odio no disimulado en su madre: “mi madre siempre ha querido hacerme daño”. Blanca refiere que su padre la dispensaba un trato preferencial, pero al mismo tiempo, y sin contradicción aparente para ella, recuerda cómo la pegaba, llegando a darla puñetazos, patadas, e incluso en una ocasión intentó ahogarla. En el discurso relativo a su madre no surgen contradicciones; cree que siempre la ha rechazado y que eso puede haber marcado su vida: “mi madre sólo atendía a los hijos varones, a mi sólo me pegaba”, “me he pasado la vida anhelando ese abrazo de mi madre, porque al final la quiero, porque no tengo otra cosa...”

Blanca recuerda la adolescencia como un periodo muy duro en su vida. Los conflictos familiares se seguían dando con “normalidad”, sus hermanos se estaban iniciando en el consumo de alcohol, y ella empezó a desmotivarse radicalmente del mundo escolar, y a desear únicamente salir de casa para aliviar su tensión interna; en estas salidas se inició en el consumo de alcohol y cannabis, pero no desarrolló una adicción; también realizó dos intentos de suicidio. Seguía soñando con salir de casa.

Con 19 años conoce a Carlos del que inmediatamente se sintió enamorada. Pensó que su vida podría cambiar a partir de ese momento, y que se alejaría de los sentimientos de vacío y soledad que la invadían constantemente. Con este convencimiento decide casarse con rapidez, y aunque la convivencia con Carlos es conflictiva desde el inicio, valora muy positivamente la distancia con su familia de origen.

Tras el nacimiento de Pedro, la relación de pareja se va haciendo más conflictiva, pero ella seguía muy enamorada, y además vivió su maternidad con mucha ilusión pensando que “éste es el único que me va a querer”.

Posteriormente la recurrencia del maltrato de su marido, el hecho de que éste también se mostrara violento con su hijo, y la denuncia vecinal, determinaron una ruptura matrimonial que deja a Blanca en un estado emocional que ella solo puede definir como “vacío”. Reconoce que en la convivencia con Carlos se

daban situaciones de mucha tensión; pero imaginarse sola la aterra aunque no sepa muy bien por qué. Llega a pensar que antes que estar sola estaría dispuesta a aguantar “cualquier cosa”, aunque esta ausencia de límite para su dignidad también la preocupa.

Decide entonces volver a convivir con su madre, aún sabiendo que no podría ser una buena salida a su malestar: “vivo con ella porque no soporto la soledad, por lo mismo que me enganché a Carlos”.

Sabe que la convivencia con su madre no ha hecho sino intensificar su sentimiento de vacío y soledad, que es lo que en definitiva ha desencadenado los signos de negligencia hacia su hijo por los que ha sido denunciada.

Blanca, después de referir este relato, impone una condición a nuestra intervención para que sea voluntaria: demanda que en las entrevistas que sea necesario mantener con su hijo no se cuestione la imagen de su padre; desea que su hijo tenga una imagen positiva de él, aunque ello implique incluso cuestionar la suya.

Del conjunto de representaciones que comunica Blanca es posible seguir distintas líneas de análisis, dentro de las cuales, aquellas que conectan el amor con la violencia en su historia no parece la menos fructífera. Pero en este momento queremos destacar el tema de la soledad porque es el que ha surgido con más intensidad y frecuencia en la intervención posterior con Blanca.

Acerquémonos por tanto a la etiología psicosocial de este sentimiento, como método para estructurar su tratamiento.

3. Sobre la etiología del sentimiento de soledad

- Aportación de Melanie Klein.

Melanie Klein vincula el sentimiento de soledad interna con el deseo de un inalcanzable estado interno de perfección, relacionado etiológicamente con las ansiedades del bebé. Una relación temprana satisfactoria con la madre sería la primera experiencia de ser comprendido. Esta primera experiencia crearía un modelo para un anhelo insatisfecho de una comprensión sin palabras; la pérdida irreparable de esta relación plena se vincularía con vivencias depresivas que contribuirían al sentimiento de soledad: “algunos bebés utilizan la dependencia extrema con respecto a la madre como defensa contra la

soledad". Para Klein, el bebé puede tener la vivencia de haber perdido a la madre cuando ésta no esté, temiendo que haya muerto, lo que pudiera despertar el temor de su propia muerte: "... a lo largo de toda la vida, el miedo a la muerte desempeña un papel importante en la soledad".

Partiendo de estas hipótesis, Klein propone que a nivel terapéutico debe priorizarse la disminución de la omnipotencia infantil, incrementando la adaptación a una realidad frustrante, pero abriendo al mismo tiempo caminos a fuentes de satisfacción en el mundo externo, como factores que pueden reducir la soledad.

En nuestra opinión, el sentimiento de M. Klein es acertado cuando vincula el sentimiento de soledad con la primera infancia, y con la búsqueda de un objeto externo con quien establecer un vínculo dependiente como defensa ante la soledad. Pero no compartimos la idea de que la experiencia de satisfacción real con la madre sea algo necesario en la etiología. Al contrario, nuestra experiencia encuentra numerosos casos en los que el sentimiento de soledad parte de una ausencia de esa madre real dejando paso a madres abandonicas, o perversas, lo que generaría el anhelo de una madre "mítica". Como decía Blanca: "a veces por la noche llamo a mi madre y lloro como una niña; pero no llamo a mi madre, sino a la que necesito, a la que nunca tuve".

En este sentido coincidimos con Winnicott cuando describe que son precisamente los bebés afortunados que cuentan con una "madre suficientemente buena" que se activa ante sus necesidades y establece la capacidad para las relaciones las que podrán "dar el próximo paso hacia el reconocimiento de la esencial soledad del ser humano".

Por otro lado lo que sí rescatamos del pensamiento kleiniano es la propuesta de trabajar este sentimiento de soledad con aportaciones reales del mundo externo que puedan compensar frustraciones internas, lo que conecta directamente con la necesidad de estructurar intervenciones psicosociales para prevenir el maltrato de género.

- La teoría del apego

En términos generales creemos que los conceptos de Winnicott sobre las relaciones objetales son compatibles con la Teoría del Apego de Bowlby. El vínculo de apego se establece con una persona específica claramente diferenciada y preferida, buscando el sentimiento de seguridad afectiva. Según

la teoría del apego, el sistema del apego se activa siempre que el sujeto se halle en una situación de estrés o traumática. El dolor, el miedo o la humillación motivan al ser humano a buscar protección en la proximidad de una figura de apego durante toda su vida.

El desarrollo de esta teoría lleva a numerosos autores a tomar la relación madre-hijo como la unidad de análisis, y el comportamiento real de los padres como el centro de atención e intervención. Según este nuevo paradigma relacional no se va a estudiar sólo las fantasías inconscientes de la madre, sino su participación real en la relación, su comportamiento. En esta línea son muy interesantes las teorías de J. Laplanche (1989) quien establece el papel fundamental que desempeña el adulto en la constitución de las modalidades de la pulsión sexual en la cría humana; y los estudios empíricos que demuestran rapidez y eficacia en la transformación de los trastornos tempranos por medio de la intervención terapéutica sobre la madre o sobre la díada madre-hijo (Stern, 1985; Beebe, 1982).

A partir de estos trabajos sabemos que en un momento del desarrollo se genera angustia en el bebé cuando reconoce su impotencia para atraer la presencia materna siempre que lo demande. Es a partir de esta angustia que surgirán temores donde se incluye la soledad. Estos temores son evolutivamente esperables hasta los 4 ó 5 años; pero si a partir de esa edad persisten sentimientos de indefensión e inseguridad ante la ausencia de la figura de apego, podremos pensar en un trastorno del vínculo, y no en un fenómeno normal.

- La vida líquida como valor

Como vemos el sentimiento de soledad nace en la infancia vinculado a las primeras relaciones objetales pero se desarrolla y mantiene en un contexto sociopolítico específico que colabora a intensificarlo arropado en valores neocapitalistas. Alguno de estos valores y de sus consecuencias puede sintetizarse en la “vida líquida” que describe Z. Bauman (2006). Vida precaria y vivida en condiciones de incertidumbre constante; vida desarrollada en una sociedad de valores volátiles que acepta la desorientación y tolera la ausencia de itinerarios claros; vida precisamente sin apegos ni compromisos que no sean livianos y revocables, porque parece que no importa tanto la duración sino la velocidad, y porque asigna a todos el papel de objeto de consumo, y como

tales con fecha de caducidad. En esta vida líquida, lo perdurable no puede ser un valor si se necesita que las cosas se desgasten, se quemen, se sustituyan y se tiren a la basura a un ritmo cada vez más rápido para poder seguir consumiendo.

En nuestra opinión este tipo de sociedad conecta con el nihilismo del que hablaba Nietzsche, y que está en nuestra época. En palabras de Michel Onfray (2008): "... falta toda cartografía: fallan las brújulas, y las posibilidades de salir del bosque donde nos hemos perdido son casi nulas".

Este tipo de sociedad no colabora en que sus integrantes podamos sentirnos seguros, ni arropados por redes comunitarias afectivas ni sólidas. No parecen existir proyectos comunes a medio plazo, y los sujetos debemos luchar para que se nos reconozca como tales y no como meros objetos de consumo (en la pareja, el vecindario, la empresa, etc).

La incidencia de este tipo de valores es notable para numerosas mujeres maltratadas. Aisladas de redes comunitarias saludables, inmersas en un mercado laboral hostil e injusto, carentes de vínculos familiares suficientemente coherentes y segurizantes, se sienten atrapadas y solas.

Este diagnóstico social quisiera reabrir el camino a la necesidad de que las intervenciones profesionales que se realicen con mujeres maltratadas incluyan la ideología de cada profesional de manera explícita. Ideología que desde nuestro punto de vista debiera oponerse al individualismo extremo que interesa al capitalismo actual y señalar al asociacionismo grupal/comunitario, como vector necesario de salud. Estos aspectos deben vincularse con las intervenciones psicosociales que realicemos con mujeres maltratadas.

4. Intervenciones específicas.

Dulce Chacón nos ha enseñado mucho sobre el maltrato a través de algunos de sus personajes. Primero fue Prudencia quien nos sumergió en un proceso mortífero de violencia en el que pensaba que el otro iba a cambiar, aislándose de amigos y familiares, y culpándose hasta la muerte. Luego fue Blanca quien sabía que su relación amorosa con Peter tenía que concluir, pero iba demorando la ruptura por temor a la soledad y al desprendimiento de sus afectos.

Nuestra Blanca es heredera de Dulce Chacón aunque no es un personaje literario, y las huellas que muestra su cuerpo son reales. El ser humano está radicalmente solo desde la separación inaugural del cuerpo materno; posteriormente podrá imaginar distintas formas de “completarse”, y enfermará de amor cuando imagine que el objeto de ese amor podrá evitar su soledad aunque sea al precio de recibir maltrato.

Tenía que ser otra mujer, Camille Claudel, quien supiera esculpir este sentimiento de manera excepcional en su *L'Implorante*.

Blanca, hablando en una ocasión de sus graves dificultades económicas, manifestó que “tienes que aguantar el maltrato porque no puedes vivir sola”. En nuestra opinión esta frase sintetiza perfectamente los aspectos fundamentales a tener en cuenta en la intervención con el maltrato de género:

- Por un lado el horror a la soledad se vincula con la sensación de no poder vivir sin el sustento económico que aporta la pareja.
- Simultáneamente el aporte económico encubre otro no menos importante: la dificultad de existir sin el sustento afectivo del otro.

Ambos aspectos, la subjetividad de la mujer maltratada, y su realidad cotidiana, deben ser objeto de atención psicosocial específica y simultánea si pretendemos evitar la repetición de este tipo de violencia.

Del lado de la subjetividad es necesario proponer a Blanca realizar una psicoterapia que focalice el análisis del sentimiento de soledad, tanto en su historia familiar como en el conjunto de sus relaciones posteriores. Seguidamente se podrá vincular este sentimiento con la violencia sufrida, sentando las bases para que no se reproduzca. Sería óptimo que este trabajo psicoterapéutico pudiera realizarse en un encuadre de terapia de grupo, puesto que el propio grupo ayudaría a recrear vínculos más sanos.

Al mismo tiempo, del lado de la realidad cotidiana es conveniente que Blanca realice un trabajo social planificado, e igualmente focalizado en la ampliación efectiva de su campo relacional tanto en el ámbito laboral como en el lúdico; el trabajo comunitario en red puede tener una importancia trascendente en estos casos. En la medida en que Blanca vaya intensificando sus competencias vinculares, ampliando sus relaciones sociales, y mejorando su situación económico-laboral, irá teniendo más posibilidades de enfrentar sus sentimientos de malestar interno sin someterse a la tiranía de nadie.

Bibliografía.

BAUMAN, Z. (2006): *Vida Líquida*, Barcelona. Paidós.

BEEBE, B.V. (1982): "Micro-timing in mother-infant communication", en M. R. Kay (comp.). *Nonverbal Communication Today*, N. York, Mouton; pag. 169-195.

BOWLBY, J. (1969): *El vínculo afectivo*, Barcelona, Paidós.

CHACON, D. (1996): *Algún amor que no mate*, Barcelona, Plaza y Janés.

CHACON, D. (1997): *Blanca vuela mañana*, Barcelona, Plaza y Janés.

KLEIN, M. (1963): *Envidia y gratitud*, O.C. t 3, Barcelona, Paidós.

LAPLANCHE, J. (1989): *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu.

ONFRAY, M. (2008): *La fuerza de existir*. Barcelona. Anagrama.

STERN, D. (1985): *El mundo interpersonal del infante*. Buenos Aires, Paidós.

WINNICOTT, D.W. (2007): *La naturaleza humana*, Obras escogidas, t.III, Madrid, RBA.